



Un fuego que enciende otros fuegos

Breve biografía del libro “Un fuego que enciende otros fuegos”

NACIMIENTO E INFANCIA

Alberto Hurtado Cruchaga nace en Viña del Mar (Chile), el 22 de enero de 1901. Pasa su niñez en el Fundo Mina del Agua, cerca de Casablanca, con sus padres, Alberto Hurtado Larraín y Ana Cruchaga Tocornal, y su único hermano, Miguel, dos años menor que él. En 1905, fallece su padre, lo que acarreará serias dificultades económicas y la posterior venta de las tierras, que eran el patrimonio familiar. Por ello se trasladan a Santiago y comienzan a vivir en casas de distintos parientes, sin tener una casa propia. En 1909 ingresa al Colegio San Ignacio. Ese mismo año hace su primera comunión, y al año siguiente es confirmado. Las dificultades económicas no impidieron que, junto a su madre, trabajara por los más pobres, en el Patronato San Antonio. Termina el colegio en 1917.

«No podía ver el dolor sin quererlo remediar»

En marzo de 1918 comienza sus estudios de Derecho en la Universidad Católica de Chile. Se involucra intensamente en la vida universitaria, participando en el Centro de Estudiantes de Derecho. Continúa con su gran preocupación por los más pobres, tanto por el apostolado que realiza en el Patronato de Andacollo, como por la actividad política que desarrolla con gran preocupación social. Sabe unir su propia carrera a su inquietud por servir a los demás, organizando, junto con algunos estudiantes de Derecho, un consultorio jurídico para obreros, y dedicando sus tesis de grado a buscar soluciones jurídicas a algunos graves problemas sociales.

Augusto Salinas, uno de sus compañeros de curso y futuro obispo auxiliar de Santiago, declara: «Su vida de unión con Jesucristo le arrastraba hacia los que sufren». Durante la crisis laboral del salitre, organiza a sus compañeros de curso para servir a los obreros que habían venido a Santiago y que estaban instalados en albergues muy precarios. Además, participa en el Círculo de Estudios León XIII, donde leían las encíclicas sociales con el P. Jorge Fernández Pradel s.j., y es profesor voluntario del Instituto Nocturno San Ignacio, organismo para la formación de los obreros. Entre agosto y noviembre de 1920, hace el Servicio Militar en el regimiento Yungay.

El Padre Damián Symon, ss.cc., su director espiritual por estos años, lo describe en estos términos: «Le conocí cuando ya era universitario. Las virtudes que fueron aflorando y solidificándose fueron deslumbradoras, sobre todo la que se refería a la caridad, pues apareció un celo incontenible, que había de moderar repetidamente para que no llegara a la exageración. No podía ver el dolor sin quererlo remediar, ni una necesidad cualquiera sin poner estudio para solucionarla. Vivía en un acto de amor a Dios que se traducía constantemente en algún acto de amor al prójimo; su celo casi desbordado, no era sino su amor que se ponía en marcha. Tenía un corazón como un caldero en ebullición que necesita vía de escape».

DISCERNIMIENTO VOCACIONAL

Las cartas a su amigo Manuel Larraín, futuro obispo de Talca, son testigo de una profunda búsqueda de la voluntad de Dios. Ambos jóvenes enfrentan la misma aventura con gran seriedad, preguntándose: ¿Qué quiere Dios de mí? Alberto tiene claro que Dios le asigna un puesto a cada hombre, y que, en aquel puesto, Dios le dará las gracias abundantes; por ello se ofrece al Señor: «Yo te hago la entrega de todo lo que soy y poseo, yo deseo dártelo todo, servirte donde no haya restricción alguna en mi don total». Pero saber dónde servir al Señor no era tarea fácil. Alberto se siente llamado al sacerdocio, pero también al matrimonio y a realizar un apostolado como laico, y además pensó en ser monje cartujo (Padre Vives lo disuadió). En 1923 Alberto le escribe a su amigo Manuel: «Reza, pero con toda el alma, para que podamos arreglar nuestras cosas y los dos cumplamos este año la voluntad de Dios». Para Alberto, cumplir la voluntad de Dios era entrar al noviciado jesuita, y para Manuel, entrar al Seminario de Santiago.

Alberto no podía entrar a los jesuitas porque debía sostener económicamente a su familia. El Padre Damián Symon relata cómo vino la solución: «Durante todo el Mes del Sagrado Corazón de Jesús del año 1923, a las 10 de la noche, le vi tenderse en el suelo, frente al altar del Santísimo Sacramento, y pasar una hora entera en esa postura, implorando, en la oración más fervorosa, que el Señor le solucionara sus problemas económicos para poder consagrarse totalmente a Dios». La solución llegó de modo providencial, precisamente el día del Sagrado Corazón.

El 7 de agosto de 1923, después de haber presentado su memoria de Licenciatura El trabajo a domicilio, rinde su examen final, que aprueba con nota sobresaliente por unanimidad, y, con ello, recibe su título de Abogado.

Justo antes de entrar al Noviciado jesuita, la Universidad Católica despide a su ex-alumno. Así lo testimonia la Revista Universitaria, un documento de inestimable valor, por ser contemporáneo a los hechos: «Después de haber cursado con el más hermoso éxito los cinco años de la Facultad de Leyes, y de haber obtenido brillantemente su título de abogado con nota óptima de la Corte Suprema y distinción unánime de la Universidad Católica, Alberto Hurtado, nuestro amigo, el amigo de todos los

jóvenes católicos, el amigo de pobres y ricos, partió al noviciado de la Compañía de Jesús. Su inmenso amor a Dios fue premiado por la Divina Providencia que le concedió el mérito de abandonarlo todo cuando todo podía tenerlo. La Universidad Católica sintió la necesidad de despedir con todo su cariño al ejemplar ex-alumno y celebró en las vísperas de su partida una Misa que ofició el señor Rector y a la cual concurrió un numeroso grupo de sus amigos» (Revista Universitaria, 1923). Alberto ni siquiera espera recibir el diploma de Abogado y parte a Chillán para iniciar su Noviciado el día 15 de agosto, lo que muestra su cercanía a la Santísima Virgen, que se mantendrá a lo largo de toda su vida.

ESTUDIANTE JESUITA

La alegría de Alberto por haber entrado al Noviciado queda bien expresada en una carta a su inseparable amigo: «Querido Manuel: Por fin me tienes de jesuita, feliz y contento como no se puede ser más en esta tierra: rebose de alegría y no me canso de dar gracias a Nuestro Señor porque me ha traído a este verdadero paraíso, donde uno puede dedicarse a Él las 24 horas del día. Tú puedes comprender mi estado de ánimo en estos días; con decirte que casi he llorado de gozo».

La primera parte de su formación se desarrolla en Chillán, entre Retiros Espirituales y labores humildes. Posteriormente se traslada a Córdoba, Argentina, para terminar allí su período de noviciado y consagrarse al Señor con sus votos religiosos el 15 de agosto de 1925. Según se recuerda, «pedía los trabajos humildes de la cocina». Los escritos de esta época reflejan un sincero esfuerzo por avanzar en el camino de la santidad: toma muy en serio su formación, la oración y los estudios; y se empeña en pequeñas virtudes como no hablar mal de los demás, ser amable, o destacar las virtudes ajenas. Entre sus apuntes personales, escribe: «No criticar a mis hermanos, velar sus defectos, hablar de sus cualidades... Hablar siempre bien de los Superiores y de sus disposiciones. Hablar siempre bien de mis hermanos, disculpar sus defectos, poner de relieve sus cualidades».

Entre los años 1927 y 1931, estudia filosofía y comienza con la teología en Sarriá, España. Un testimonio de aquellos años lo afirma, «tan abnegado, tan caritativo, tan trabajador, tan celoso de la gloria de Dios y del bien de sus prójimos y, como fundamento de todo, tan sobrenatural, unido con Dios y piadoso, principalmente en su devoción a la Santísima Virgen». Por la situación política de España, los jesuitas sacan del país a sus estudiantes extranjeros. Y Alberto debe continuar la teología en la Universidad Católica de Lovaina, una de las más prestigiosas del mundo. Un compañero de formación recuerda: «A uno le agradaba estar con él, pues uno se sentía cómodo. Oía a sus compañeros con mucha atención. Vivía siempre en un ambiente de fe. Era muy mortificado, se daba de lleno al estudio, su caridad era grande; siempre servicial, con una sonrisa acogedora». Otro asegura: «Poseía un gran don de simpatía que hacía tan agradable el trato con él, que era sencillo y modesto». Un hermoso testimonio retrata su carácter: «Su pronta sonrisa y su mirada indagadora, en un modo indefinible, parecía urgirlo a uno a cosas más altas... Su sonrisa daba la impresión de que

estaba mirando al interior de mi alma y estaba ansioso por verme hacer mayores y mejores cosas por el Señor».

Un jesuita belga, nos transmite un elocuente testimonio: «El P. Hurtado tenía el temperamento de un mártir; tengo la íntima convicción de que él se ofreció como víctima por la salvación de su pueblo, y especialmente por el mundo obrero de América. Conocí al Padre Hurtado en teología, en Lovaina. Sobre todo impresionaba y edificaba su caridad, tan ardiente y atenta, resplandeciente de alegría y entusiasmo. Ya entonces se 'consumía' de ardor y de celo. Siempre listo a alegrar a los demás. ¡Cuánto amaba a su país y a su pueblo! Ese amor le hacía sufrir profundamente. Volví a ver al querido Padre en el Congreso de Versalles en 1947. Era la misma llama: el fuego interior lo abrasaba de amor a Cristo y a su pueblo. Mi querido amigo era un alma de una calidad 'muy rara', y para decirlo todo: un santo; un mártir del amor de Cristo y de las almas».

SACERDOTE DE CRISTO

El 24 de agosto de 1933, es ordenado sacerdote. En su primera misa lo acompaña su inseparable amigo y futuro provincial, el Padre Álvaro Lavín. Una vez ordenado sacerdote, le escribe a un amigo: «¡Ya me tienes sacerdote del Señor! Bien comprenderás mi felicidad inmensa. Con toda sinceridad puedo decirte que soy plenamente feliz. Ahora ya no deseo más que ejercer mi ministerio con la mayor plenitud posible de vida interior y de actividad exterior».

Durante estos años, presta un gran servicio en favor de la fundación de la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Chile. El agotador trabajo que realizó muestra el gran aprecio que Alberto Hurtado profesa por el estudio serio de la teología. En diciembre de 1934 Mons. Casanueva le expresa su agradecimiento en estos términos: «La inmensa gratitud que te debo por tu empeño tan abnegado, tan inteligente, tan atinado y tan cariñoso, que jamás podré pagarte y sólo Dios podrá recompensarte debidamente; después de Dios y de la persona que ha hecho esta fundación, a nadie le deberá esta Facultad de Teología tanto como a ti».

El 24 mayo de 1934, aprueba el examen de grado de Teología. El presidente de la comisión era el P. Janssens, futuro superior general de la Compañía de Jesús, quien comentó: «En mis largos años de Superior no he visto pasar junto a mí un alma de mayor irradiación apostólica que la del Padre Hurtado». Entre los años 1934 y 1935 finaliza su formación y el 10 de octubre rinde su examen para el Doctorado en Ciencias Pedagógicas en la Universidad de Lovaina, habiendo presentado la tesis El sistema pedagógico de Dewey ante las exigencias de la doctrina católica. Es aprobado con «máxima distinción».

Antes de regresar, hace un viaje por diferentes países europeos, con el fin de estudiar varias instituciones educacionales. Se piensa en él para profesor de Ética y Sociología en Argentina, pero dadas las necesidades, se le destina a Chile. El 22 de enero de 1936, justo al cumplir 35 años, se embarca en Hamburgo a las 10 a.m., de regreso a su patria.

APÓSTOL ENTRE LOS JÓVENES

De vuelta en Santiago, en febrero de 1936, comienza su apostolado con los jóvenes, de modo especial, en el Colegio San Ignacio y en la Universidad Católica. Pero la tarea educativa del P. Hurtado no se limita sólo a las clases; el carisma de este apóstol atrae a los jóvenes más allá de los compromisos académicos. Promueve el servicio a los más pobres, porque «ser católicos equivale a ser sociales». Al mismo tiempo, da gran importancia a los retiros espirituales. Varias veces durante el año impulsará a diversos grupos, de jóvenes y adultos, a un encuentro profundo con el Señor y a buscar con seriedad la voluntad de Dios. En uno de estos retiros afirma: «Todo cristiano debe aspirar siempre a esto: a hacer lo que hace, como Cristo lo haría en su lugar...».

Su amor al sacerdocio y a la eucaristía queda retratado en un hermoso testimonio: en el año 1937, en San José de la Mariquina, un misionero capuchino lo observa celebrar la Misa, y le llama tan poderosamente la atención «que decía no haber visto nunca una celebración de la misa tan edificante, y que al ser así los sacerdotes chilenos, deberían ser todos santos».

A inicios de 1941, el Padre Hurtado es nombrado Asesor de la Acción Católica de jóvenes de Santiago. La A.C. había sido impulsada en 1923 por el Papa Pío XI, y significó un decidido impulso a la participación activa de los laicos en la Iglesia. Trabaja también con alumnos de liceos fiscales de Santiago.

El mismo año 1941 publica un libro que marcó una época: ¿Es Chile un país católico?, que con gran agudeza, optimismo y valentía abre los ojos de muchos católicos acerca de la verdadera situación del catolicismo en Chile, señalando el grave problema de la escasez de vocaciones sacerdotales. Es un tiempo de profundas transformaciones, el mundo es disputado por ideologías opuestas y totalitarias, mientras Europa se desangra en la Segunda Guerra Mundial. El P. Hurtado se estremece ante los horrores de la guerra, pero además comienza a pensar cómo reconstruir, con Cristo, el mundo de la postguerra.

Su fecundidad pastoral lo lleva, a los pocos meses, a ser nombrado Asesor Nacional de la Juventud de la Acción Católica. Recorre el país organizando los grupos y predicando retiros. Es el tiempo de las grandes procesiones de antorchas a los pies de la imagen de María Santísima, en el Cerro San Cristóbal, con miles de jóvenes. En este contexto apela a la generosidad de los jóvenes: «Si Cristo descendiese esta noche caldeada de emoción les repetiría, mirando la ciudad oscura: 'Me compadezco de ella', y volviéndose a ustedes les diría con ternura infinita: 'Ustedes son la luz del mundo... Ustedes son los que deben alumbrar estas tinieblas. ¿Quieren colaborar conmigo? ¿Quieren ser mis apóstoles?'».

Su labor no es comprendida, y comienza a sentir que no cuenta con la confianza de Mons. Salinas, su amigo de la Universidad, y Asesor General de la A.C. Debido a este clima discrepancias y tensiones, en abril de 1942, presenta la renuncia al cargo de Asesor Nacional de la Acción Católica, renuncia que es rechazada por los obispos chilenos.

El trabajo continúa: en febrero de 1943, zarpa hacia Magallanes para formar la A.C. en la ciudad más austral del mundo, visitando Puerto Natales, Porvenir y Punta Arenas. La fecundidad de esta visita permitirá la celebración posterior de un Congreso Eucarístico y un cambio de ambiente en relación con la Iglesia.

Posteriormente, se seguirán suscitando incomprensiones y divergencias con Mons. Salinas. Las críticas que se repiten son falta de espíritu jerárquico, ideas avanzadas en el campo social y una cierta independencia respecto del resto de las ramas de la A.C. Ello motiva, finalmente, a que renuncie indeclinablemente a su cargo, en noviembre de 1944. La situación debió ser muy dura para él, dado que tenía muchas esperanzas puestas en la Juventud Católica, y por otra parte la oposición no venía 'de la jerarquía', pues contaba con el apoyo y la admiración de numerosos obispos, entre ellos, el Cardenal Caro; la oposición venía de su propio amigo Augusto Salinas. Esta amarga situación, heroicamente aceptada, fue la ocasión de una gran maduración espiritual para el P. Hurtado.

EL HOGAR DE CRISTO

El mes anterior a su renuncia, tal como él mismo lo relata, una noche fría y lluviosa, se le acerca «un pobre hombre con una amigdalitis aguda, tiritando, en mangas de camisa, que no tenía dónde guarecerse». Su miseria lo estremece. Pocos días después, el 16 de octubre, dando un retiro para señoras, en la Casa del Apostolado Popular, habla, sin haberlo previsto, sobre la miseria que hay en Santiago y la necesidad de la caridad: «Cristo vaga por nuestras calles en la persona de tantos pobres, enfermos, desalojados de su mísero conventillo. Cristo, acurrucado bajo los puentes, en la persona de tantos niños que no tienen a quién llamar 'padre', que carecen hace muchos años del beso de la madre sobre su frente... ¡Cristo no tiene hogar! ¿No queremos dárselo nosotros, los que tenemos la dicha de tener hogar confortable, comida abundante, medios para educar y asegurar el porvenir de los hijos? 'Lo que hagan al más pequeño de mis hermanos, me lo hacen a Mí', ha dicho Jesús». Y así nace el Hogar de Cristo. A la salida del retiro, recibe las primeras donaciones –un terreno, varios cheques y joyas– de parte de las señoras presentes.

En mayo de 1945, el Arzobispo de Santiago, Mons. José María Caro bendice la primera sede del Hogar de Cristo. Al año siguiente se inaugura la Hospedería de la calle Chorrillos. Poco a poco, el Hogar de Cristo crecerá hasta niveles admirables, prestando un inestimable servicio a los más pobres y creando una corriente de solidaridad que actualmente ha superado las fronteras de nuestra patria. Su propósito es no contentarse con dar alojamiento: «Una de las primeras cualidades que hay que devolver a nuestros indigentes es la conciencia de su valor de personas, de su dignidad de ciudadanos, más aún, de hijos de Dios». Los niños del Mapocho debían llegar a ser obreros especializados.

Entretanto continúa su labor formativa entre los jóvenes, y prosigue con la predicación de retiros. En junio del mismo año, en una charla de preparación a la fiesta del Sagrado Corazón, recuerda a los estudiantes su responsabilidad social, responsabilidad que es una consecuencia de las palabras de Cristo: «El deber social del universitario no es sino la traducción concreta a su vida de estudiante hoy y de futuro profesional, mañana, de las enseñanzas de Cristo», e invita a cada uno a «estudiar su

carrera en función de los problemas sociales propios de su ambiente profesional». Pide a los jóvenes una gran generosidad, con la certeza de que «el que ha mirado profundamente una vez siquiera los ojos de Jesús, no lo olvidará jamás».

En septiembre de 1945, el Padre Hurtado realiza un viaje a EE.UU. y a otros países de Centro América. En octubre llega a Dallas y comienza una nutrida agenda de entrevistas y visitas a instituciones de beneficencia, semejantes al Hogar de Cristo. El 29 de enero comienza su retiro espiritual en Baltimore. El viaje de regreso de Nueva York a Valparaíso, a bordo del barco «Illapel». Durante esta travesía escribe: «Cada vez que subía al puente de mando y veía el trabajo del timonel, no podía menos de hacer una meditación fundamental, la más fundamental de todas, la que marca 'el Rumbo de la vida'».

APOSTOLADO SOCIAL

Vuelve a sus nutridas labores habituales: predicación de retiros, dirección espiritual de jóvenes, preocupación por las vocaciones sacerdotales, el Hogar de Cristo, clases en el Colegio San Ignacio y en la Universidad Católica, etc. El 13 de junio de 1947, día del Sagrado Corazón, junto a un grupo de universitarios, constituye la Acción Sindical y Económica Chilena (ASICH), como un modo de buscar «la manera de realizar una labor que hiciera presente a la Iglesia en el terreno del trabajo organizado».

Entre julio de 1947 y enero de 1948, el P. Hurtado realiza un viaje a Francia para asistir a una serie de importantes congresos y semanas de estudio. A su superior, el Padre Álvaro Lavín, le solicita el permiso para el viaje: «¿Será mucha audacia pedirle que piense si sería posible que asistiera este servidor al Congreso de París?». Otorgado el permiso, parte a Francia el 24 de julio de 1947. Participa en la 34ª Semana Social en París, donde sostiene conversaciones con el Cardenal E. Suhard, Arzobispo de París; pasa una semana en L'Action Populaire (centro de acción social organizado por los jesuitas franceses, actualmente CERAS), y luego participa en la Semana Internacional de los jesuitas en Versalles, donde el Padre Hurtado habla en dos oportunidades acerca de la situación de Chile. Su exposición es descrita como «un grito de angustia, pero al mismo tiempo, una irresistible lección de celo apostólico puro y ardientemente sobrenatural», y es considerado una de las personalidades más notables del encuentro. El 24 de agosto, pasando por Lourdes, viaja a España, y de regreso permanece un par de días con los sacerdotes obreros en Marsella; en septiembre asiste al Congreso de Pastoral Litúrgica, en Lyon, y participa en la Semana de Asesores de la Juventud Obrera Católica en Versalles. En octubre viaja a Roma, y tiene tres audiencias con el P. General de la Compañía de Jesús, un encuentro con Mons. Montini (futuro Papa Pablo VI), y el 18 de octubre es recibido en audiencia especial por S.S. Pío XII, que le otorga un gran apoyo. Finalmente, junto a Manuel Larraín, visita al filósofo Jacques Maritain. El propio Padre Hurtado afirma: «El mes en Roma fue una gracia del cielo, pues vi y oí cosas sumamente interesantes que me han animado mucho para seguir íntegramente en la línea comenzada. En este sentido las palabras de aliento del Santo Padre y de Nuestro Padre General han sido para mí un estímulo inmenso».

Vuelve a Francia y permanece dos semanas con el Padre J. Lebret en *Économie et Humanisme*, otra institución católica dedicada al estudio de los problemas sociales y económicos. Durante estos días, realizó un viaje rápido para estudiar la Liga de Campesinos Católicos, los Sindicatos Cristianos y la Juventud Obrera Católica. Con razón pudo escribir: «acumulo toneladas de experiencias interesantísimas».

Después de este nutrido itinerario de congresos y entrevistas, el 17 de noviembre llega a París, para «encerrarme por un tiempo en mi pieza, pues las experiencias acumuladas son demasiado numerosas y hay que asentarlas, madurarlas, anotarlas». En diciembre escribe: «Aquí me tiene en París, haciendo vida de Casa de Retiro, encerrado en una pieza, lleno de libros... hay tanto que hacer, tanto que leer y meditar, pues, este viaje me lo ha dado Dios para que me renueve y me prepare en los tremendos problemas que por allá tenemos». Permanece más de dos meses casi sin salir de París, y sólo va unos días a un Congreso de moralistas. Su exposición es acerca de la relación entre Iglesia y Estado, y se titula «¿Con o sin el poder?».

De este viaje rescata muchos aspectos; su opinión general del movimiento católico social es ciertamente positiva, pero también se adelanta en ver ciertos riesgos. Por ejemplo, respecto del Congreso de moralistas, ve «un afán excesivo de renovación» y una tendencia «a olvidar los valores reales de la Iglesia, la visión tradicional», tendencia que tiene como consecuencia dejar a la Iglesia «sin dirigentes auténticamente cristianos, sino con hombres de mística social, pero no cristiano-social»; pero, a la vez, señala que «por encima de todo hay mucho espíritu, mucho deseo de servir a la Iglesia, y una abnegación realísima como se demuestra en los trabajos que emprenden».

De vuelta a Chile, estas experiencias le permiten madurar su proyecto de la ASICH, poniendo como punto de partida su sólido fundamento en Cristo y en su Iglesia. La tarea es dura y no exenta de malos entendidos y críticas injustas. La ASICH nace para ofrecer formación cristiana a los obreros, centrada en la enseñanza social de la Iglesia, y con miras a defender la dignidad del trabajo humano por sobre cualquier consigna ideológica. Las críticas se repiten; sin embargo no logran desalentar al Padre Hurtado. Una carta que revela la personalidad del P. Hurtado, dice: «Claro que hay muchos peligros, y que el terreno es difícil... ¿Quién no lo ve? Pero, ¿será ésta una razón para abandonarlo aún más

tiempo?... ¿Que alguna vez voy a meter la pata? ¡Cierto! Pero, ¿no será más metida de pata, por cobardía, por el deseo de lo perfecto, de lo acabado, no hacer lo que pueda?».

ÚLTIMOS AÑOS DE APOSTOLADO

Continúa con su intensa actividad apostólica habitual, de clases, confesionario, grupos, dirección espiritual, Hogar de Cristo y retiros espirituales. Durante 1948 predica algunas conferencias en Valparaíso, Temuco, Sewell, Iquique, Putaendo y Chillán; algunas conferencias son muy concurridas, hasta 4.000 personas, y son transmitidas por radio. Las predicaciones del mes de María en la Iglesia de San Francisco son consideradas por el P. Hurtado «el ministerio de más fruto del año».

Las actividades se multiplican. Se cumple lo él que había escrito: «Si alguien ha comenzado a vivir para Dios en abnegación y amor a los demás, todas las miserias se darán cita en su puerta... Soy con frecuencia como una roca golpeada por todos lados por las olas que suben. No queda más escapada que por arriba. Durante una hora, durante un día, dejo que las olas azoten la roca; no miro el horizonte, sólo miro hacia arriba, hacia Dios. ¡Oh bendita vida activa, toda consagrada a mi Dios, toda entregada a los hombres, y cuyo exceso mismo me conduce para encontrarme a dirigirme hacia Dios! Él es la sola salida posible en mis preocupaciones, mi único refugio».

En enero de 1950, el episcopado boliviano lo invita a participar en la Primera Concentración Nacional de Dirigentes del Apostolado Económico Social. En ella urge a buscar a Cristo completo, con todas sus consecuencias, y, «por la fe debemos ver a Cristo en los pobres», y buscar soluciones técnicas adecuadas, pues, «ha llegado la hora en que nuestra acción económico-social debe cesar de contentarse con repetir consignas generales sacadas de las encíclicas de los Pontífices y proponer soluciones bien estudiadas de aplicación inmediata en el campo económico y social».

Impulsado por su interés por el apostolado intelectual, funda la Revista Mensaje. El P. Hurtado deseaba la publicación de «una revista de vuelo» con la finalidad de dar formación religiosa, social y filosófica. Lo que él quería era: «Orientar, y ser el testimonio de la presencia de la Iglesia en el mundo contemporáneo». En octubre de 1951 apareció el primer número de Mensaje. En su editorial, explica que el nombre alude «al Mensaje que el Hijo de Dios trajo del cielo a la tierra y cuyas resonancias nuestra revista desea prolongar y aplicar a nuestra patria chilena y a nuestros atormentados tiempos».

ENFERMEDAD Y MUERTE

Su testimonio más conmovedor es su enfermedad y su muerte. Frente a la muerte se revela la profundidad del hombre y se manifiesta la grandeza de Dios. Cuando le comunican la noticia de su enfermedad incurable, el Padre Hurtado exclama: «¡Cómo no voy a estar contento! ¡Cómo no estar agradecido con Dios! En lugar de una muerte violenta me manda una larga enfermedad para que pueda prepararme; no me da dolores; me da el gusto de ver a tantos amigos, de verlos a todos. Verdaderamente, Dios ha sido para mí un Padre cariñoso, el mejor de los padres».

El P. Hurtado ha deseado profundamente a lo largo de su arduo trabajo la vida eterna, es decir, el encuentro definitivo con Cristo. Así lo muestra una de las páginas más hermosas de sus escritos: «¿Y yo?, ante mí la eternidad. Yo un disparo en la eternidad. Después de mí, la eternidad. Mi existir, un suspiro entre dos eternidades. Mi vida, pues, un disparo a la eternidad. No apegarme aquí, sino a través de todo mirar la vida venidera. Que todas las creaturas sean transparentes y me dejen siempre ver a Dios y la eternidad. A la hora que se hagan opacas, me vuelvo terreno y estoy perdido. Después de mí la eternidad. Allá voy y muy pronto... Cuando uno piensa que tan pronto terminará lo presente, saca uno la conclusión: ser ciudadanos del cielo, no del suelo». La imagen del disparo, junto con manifestar la fugacidad de la vida, insiste en que la vida está concentrada en una sola dirección: la eternidad.

La generosidad de su entrega se comprende a la luz de sus convicciones: «La vida ha sido dada al hombre para cooperar con Dios, para realizar su plan; la muerte es el complemento de esa colaboración, pues es la entrega de todos nuestros poderes en manos del Creador. Que cada día sea como la preparación de mi muerte, entregándome minuto a minuto a la obra de cooperación que Dios me pide, cumpliendo mi misión, la que Dios espera de mí, la que no puedo hacer sino yo».

Durante todo su ministerio habla de la eternidad, que describe como «un viaje infinitamente nuevo y eternamente largo», y busca las imágenes más atractivas para referirse a ella: «Esta vida se nos ha dado para buscar a Dios, la muerte para hallarlo, la eternidad para poseerlo. Llega el momento en que después del camino se llega al término. El hijo encuentra a su Padre y se echa en sus brazos,

brazos que son de amor, y por eso, para nunca cerrarlos los dejó clavados en su cruz; entra en su costado que, para significar su amor, quedó abierto por la lanza, manando de él sangre que redime y agua que purifica». El valor de estas palabras aumenta por la alegría y serenidad con que el Padre Hurtado enfrentó su propia muerte. Esta visión de eternidad lo había llevado a comprometerse tan profundamente con el mundo y con los hombres «hasta no poder soportar sus desgracias»; esta visión de fe lo había impulsado a escribir: «Encerrar a los hombres en mi corazón, todos a la vez. Ser plenamente consciente de mi inmenso tesoro, y con un ofrecimiento vigoroso y generoso, ofrecerlos a Dios. Hacer en Cristo la unidad de mis amores. Todo esto en mí como una ofrenda, como un don que revienta el pecho; un movimiento de Cristo en mi interior que despierta y aviva mi caridad; un movimiento de la humanidad, por mí, hacia Cristo. ¡Eso es ser sacerdote!».

El día 18 de agosto de 1952, a las 5 de la tarde, el Padre Hurtado muere santamente, rodeado de sus hermanos de comunidad. Pocos días antes de su muerte, dicta una carta, que podemos considerar una invitación: «A medida que aparezcan las necesidades y dolores de los pobres, busquen cómo ayudarlos como se ayudaría al Maestro. Al desearles a todos y a cada uno en particular este saludo, les confío en nombre de Dios, a los pobrecitos».

El testimonio de su muerte impacta a la sociedad chilena. El 20 de agosto, a las 8:30 hrs., se celebra la misa de funerales. El Cardenal Caro reza el responso, y la homilía está a cargo de su amigo, Mons. Manuel Larraín, el obispo de Talca, quien afirmó: «Si silenciáramos la lección del P. Hurtado, desconoceríamos el tiempo de una gran visita de Dios a nuestra patria». Asiste una gran muchedumbre de gente, de todos los sectores de la sociedad. A las 10:30 hrs., sale el cortejo hacia la Parroquia de Jesús Obrero. El trayecto de unas 40 cuadras se hace a pie, a petición de los asistentes. Al salir de la iglesia de San Ignacio, se forma en el cielo una cruz de nubes.

Las poéticas palabras que le escribe Gabriela Mistral permanecen como un recuerdo y una tarea: «Duerma el que mucho trabajó. No durmamos nosotros, no, como grandes deudores huidizos que no vuelven la cara hacia lo que nos rodea, nos ciñe y nos urge casi como un grito...».

El mismo año de su muerte, el Padre Álvaro Lavín le sugiere al Padre General que se inicie su proceso de beatificación. En 1955, el Padre Provincial, Carlos Pomar, comienza con las consultas a los testigos. Años después, en abril de 1971, la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal de Chile acuerda pedir la introducción de la Causa de su Beatificación. La causa avanza rápido y en su visita a Chile, el Santo Padre, Juan Pablo II, visita el Hogar de Cristo y reza ante la tumba del Padre Hurtado. El 16 de octubre de 1994, el Papa beatifica al Padre Hurtado en la Plaza San Pedro del Vaticano, y ahora nos encontramos a la espera de su inminente canonización.

Juan Pablo II nos propone estas desafiantes palabras: «¿Podrá también en nuestros días el Espíritu suscitar apóstoles de la estatura del Padre Hurtado, que muestren con su abnegado testimonio de caridad la vitalidad de la Iglesia? Estamos seguros que sí; y se lo pedimos con fe».

() El Padre Hurtado fue canonizado el 23 de octubre de 2005 por el Papa Benedicto XVI en el Vaticano.*